

Réquiem por un poeta

"El amor, es perdón"

He asistido a mi propio entierro; tan solo estaba yo, el primer y último protagonista. Para nadie he significado tanto como para pudiera asistir a mi última presencia. No ha tenido importancia; ha sido un acto incluso demasiado bonito para mi, el darme sepultura con mi propia soledad, la de siempre. Mis propias lágrimas, mi propia necesidad de todo, mi ningún merecimiento en esta vida; algunos han merecido más que yo y por su afán y lucha lo han conseguido; yo, ahora, ni tan siquiera pertenezco a uno del montón.

Mi gran deseo en la vida fue ser poeta; no lo conseguí, ni para mi propio regocijo y menos aún para el de los demás. Ahora ya no importa eso; aquí nadie es nada, tan solo somos eso: nada. Aquí a nadie se le valora por su vida pasada, tan solo existe un presente compuesto de ti mismo y por eso somos todos iguales, nadie destaca. Cada uno vive de su propio pasado pero del que nunca se sabrá ante los demás; no se llora, no se ríe, no se siente placer, no se siente amargura... no vivimos y es tan solo lo que importa. A dos metros bajo tierra tan solo se vive de un recuerdo, el más bello y todos los demás se pierden en el infinito de nuestra existencia. Un recuerdo amoroso y un deseo no conquistado es lo único que sobrevive en ti; el resto del pasado no importa y sí aquel amor y aquel deseo.

Como recuerdo amoroso está el que tuve de todas "ellas".

Como deseo no conquistado está el de ser poeta.

Mi "réquiem" está dirigido a "el poeta" que nunca fui, al que nunca logré ser. Pero ahora no importa nada, ya estoy muerto.

Siempre tuve el espíritu de poeta, nunca logré saber el por qué pero sabía que lo llevaba conmigo mismo. Me he reflejado en todos los poetas, de cada uno tenía una característica y por la similitud y verme reflejado, me consideré poeta.

De Miguel Hernández heredé toda la debilidad ante este mundo; la fragilidad a caer enfermo del alma y nunca de lo físico. Él murió de su fragilidad, yo he muerto por la debilidad que heredé de él, por enfermar del alma y por nunca desear el restablecimiento de la salud espiritual. Hernández murió de pena; mi melancolía y mis lágrimas me han hecho morir como él. Le admiré toda mi vida; supo hacer bella la debilidad, la impotencia, la inexperiencia, pero nunca llegué a su altura, ni tan siquiera a aceptar esa fragilidad tan sobrenatural.

De Antonio Machado heredé el amor. Él, con cuarenta años, no perdió la ilusión en el amor y a pesar de su edad supo encontrar y vivir plenamente de ello. Heredé el amor, porque amor sentí hasta el último momento de mi existencia y morí por ello. Machado me enseñó a escribir sobre ti, en prosa y en verso, y mi reflejo fue poesía y admiración hacia ti. Pero no pude compararme a él, su amor sí era tan verdadero como el mío, pero su fuerza yo no la tenía, su constancia para amar nunca la adquirí.

De Rafael Alberti heredé su fidelidad. Su tierra era lo primero y el amor directo a su ideal fue fiel; nunca le creyeron pero sus cuarenta años de exilio lo demostraron, su vuelta aún más, y su "nunca olvido" le dejaron marcado para la eternidad. Yo fui fiel al amor único sobre todo porque era mi primera ley que me regia, pero no supe dar más de mí, fui inútil, torpe, desvalido e incluso cobarde; no supe enfrentarme a la realidad humana, a la contradicción humana.

De Rosalía de Castro heredé el amor a la naturaleza. Ella supo vivir de su alrededor, de su ciudad y de su campo bello y sencillo. Era enfermiza como yo lo fui, amó una sola vez como yo lo hice pero ella quiso vivir eternamente, primero en Galicia y más tarde en el mundo, y lo consiguió. Yo tan solo en vivo en mí y apenas lo conseguí.

De Pablo Neruda heredé la sencillez al escribir; el sentirse libre mientras rellenaba folios. Lo he conseguido como así lo sentía, pero él estaba orgulloso de su labor, de vivir; yo no lo conseguí, siempre me encontré fracasado, siempre me encontré perdido.

He heredado de todos los poetas de la historia, de cada uno una característica esencial, lo noté durante mi vida y ahora recuerdo que era cierto. Todo dirigido hacia un motivo, el vivir. Yo me diferencio de todos ellos en que fui demasiado cobarde para soñar despierto y afrontar la vida. Siempre deseé ser un poeta famoso como ellos, no por la fama y gloria, tan solo porque el mundo compartiera mi dolor, mi pena, mi amargura... De Gabriel Celaya el amor al suicidio perfecto consigo mismo, De Jose Agustín Goytisolo el amor a la libertad, de Quevedo la ironía punzante, de García Lorca el amor al prójimo...

Pero como digo, ahora todo importa poco, nadie me recuerda y aquí abajo tan solo estoy yo con mi deseo poético no logrado y con mi recuerdo al amor.

Pero ya nada importa; lloré por última vez porque te amaba y porque ahora estoy muerto y aquí nada siento. La muerte es placentera pero carece de sentimientos, es insípida, es fría, es distante. Ni siquiera la muerte le pertenece a uno mismo.

He fracasado en todo, hasta en hacerte feliz pero la muerte no me hace pensar y es lo que necesito, no pensar... descansar.

Aquí abajo.

Aquí arriba.

En ningún corazón.

En todos los corazones.

Sé, que soy poeta...©